

mente inmoladas! En la historia representa el terror execrable que acompaña tanto á las reacciones como á las revoluciones y que no encuentra ni siquiera el atenuante y la excusa de haber servido á los humanos progresos.

Sucede á Pio V, como estaba en el orden natural de las cosas, el Papa quizá mas jesuita de la historia, el Papa Gregorio XIII. Aquí nos encontramos con el lado verdaderamente mundanal del jesuitismo pontificio. Gregorio XIII no está en la estirpe de los cenobitas como Pio V. Casado antes de tomar las sagradas órdenes, como quiere la historia ortodoxa, tuvo un hijo, y conoció las dulzuras del hogar, los encantos de la vida, los placeres de la paternidad. Sin menospreciar la virtud, ni caer de manos á boca en el vicio, como Alejandro VI y otros Papas, Gregorio prescinde por completo de la estoica rigidez y de la monástica austeridad de su inmediato antecesor. Mas las corrientes del siglo y las reclamaciones de la opinion impusieronle aquella severidad con el clero y aquella censura sobre las costumbres que se creian salvadoras entonces para el catolicismo. Si á fines del siglo décimoquinto y principios del siglo décimosexto, cuando tantas almas proféticas y agoreras anunciaban la erupcion de las ideas á guisa de esas misteriosas aves, conocidas por los marinos, que anuncian la tormenta; si entonces la Iglesia hubiese aceptado en su espíritu y en su organismo, las reformas llevadas á cabo despues con tanto empeño en las costumbres, quizás se evitara lo que despues resultó ya inevitable, la victoria del protestantismo. Los jesuitas, los teatinos, las órdenes religiosas recién reformadas por la vigorosa mano de Pio V, los discípulos de Cárlos Borromeo, los partidarios de la intransigencia representada por Paulo IV, los empeñados y comprometidos en traer una reaccion religiosa, mediante la cual volviesen Iglesia y Papas al poder omnímodo y al prestigio universal de la Edad media, confabulábanse para impedir en el Pontificado y en sus representantes varios toda veleidad hácia la transaccion con las ideas nuevas y todo desmayo en el combate y toda relajacion y decaimiento en el ejercicio de la predominante autoridad pontificia. Sucedia ya entonces lo mismo exactamente que sucede ahora. El jesuitismo habia constituido al pié de la Iglesia un ejército ya tan poderoso, las ideas jesuíticas habian urdido en torno de los Papas una red ya tan espesa, que no que-



daba medio alguno á los Pontífices de contrastar aquella misma fuerza que á título de salvarlos ó defenderlos, al fin y al cabo los oprimia y degradaba. En nuestros tiempos lo hemos visto y en los dos Pontificados que sucedieran al célebre y tremendo de Gregorio XVI hemos notado igual imposibilidad de romper hasta desde las alturas del trono, la preponderancia jesuítica, especie de cadena con que están los Papas atados al mástil de la nave de San Pedro.

Gregorio XIII, mas conciliador sin duda que Pio V y Paulo IV, siguiera cierta tolerancia con las nuevas ideas, de haber seguido sus propios indecisos instintos. Pero el jesuitismo le oprimia hasta el punto de no dejarle respiro. Muerto Pio V y muerto para los reaccionarios furiosos en olor de santidad, por causa de sus mismas crueldades, cuajóse una leyenda en torno de su persona y de su vida, como sucede con todas las ideas en su ebullicion y con todas las causas en sus mayores trances. Cuantas veces queria Gregorio divertirse del ideal y separarse del camino trazado por Paulo IV y Pio V, con tanta severidad echábanle sus protectores encima el recuerdo de los bienes traídos y de los provechos alcanzados por la intransigencia pontificia. Hasta las inclinaciones naturales en pro de su familia le contrariaban á título de conservar la rigidez antigua. Cuando nombró á su hijo gobernador del castillo de San Angelo y gonfaloniero de la romana Iglesia, tal ruido armaron que Gregorio lo casó para enviarlo fuera de Roma y lo entregó, decorándolo con título nobiliario recabado de Venecia por su influjo, á la corte y al ejército de Felipe II. Aunque nombró dos de sus sobrinos para el cardenalato y el principado eclesiástico, tales observaciones le dirigieron los nuevos celos, que impidió á su propio hermano ir á Roma y le obligó á volverse y regresar á Bolonia en una caminata emprendida por el pobre para verle y abrazarle.

Nervioso é impresionable, hizo por influencia del jesuitismo lo que hiciera Pio V por sugestion de su propio natural y de su íntimo pensamiento. Tres veces por semana decia misa. Y cuando sus ocupaciones múltiples no lo impedían decíala diariamente. Los domingos jamás de tal deber se exentaba como no estuviese por alguna enfermedad impedido y agobiado. Cuidaba, despues de procurarse una lista de todos los eclesiásticos dignos de obispar en el mundo, que recayesen las mitras sobre la virtud verdadera y el mérito

reconocido. La instruccion eclesiástica le ocupó mucho tiempo el pensamiento como constreñido por la necesidad á celar la observancia de los cánones tridentinos en los seminarios conciliares. El jesuitismo contará siempre á Gregorio XIII por su gran Papa. Colegios importantísimos de tal orden surgieron bajo su próspera mano y por su tenaz empeño. La casa matriz de los discípulos del Santo vascongado elevóse á colegio universal en tanto modo que se pronunciaron allí veinticinco discursos en veinticinco diversas lenguas como para mostrar la extension de los jesuitas por todo el planeta y entre todos los hombres poco despues de su establecimiento. El instituto consagrado á ganar alemanes habia caído en gran debilidad por falta de recursos, á pesar del objeto á que estaba destinado. Y Gregorio XIII lo alzó de nuevo y le dió abundantes medios de cumplir sus católicos fines. Lo mismo que mandaba jesuitas á los pueblos salvajes, mandaba jesuitas á los pueblos germánicos. Él instituyó colegios de tal orden, pagados algunos de su particular peculio, en Viena y Gratz para que dominasen el mundo germánico, y en Corfú y Candia para que dominasen el mundo helénico. Esta especie de jesuitas griegos vestían el traje de su patria y adoptaban el gorro frigio conocido á la sazón con el nombre de veneciano. Su lengua oficial era el griego antiguo y su dogma el contenido en aquellos célebres cánones del concilio florentino que unieron por tan fugaz espacio de tiempo el Oriente con el Occidente cristiano en una misma comunión religiosa. Veintidos colegios de jesuitas fundó él tan solo, por virtud de su propia iniciativa y por obra de su incansable actividad, creyendo que al jesuitismo le tocaba procurar y conseguir el predominio de la Iglesia sobre la tierra y el predominio de los Papas sobre la Iglesia.

No llevó Gregorio XIII solo en sus manos las llaves con que pinta la liturgia tradicional á San Pedro, llevó también la litúrgica espada de San Pablo. Él quiso á toda costa sostener la liga de los príncipes cristianos contra el turco; él envió toda suerte de recursos morales y muchos materiales á Felipe II en su titánico empeño contra los protestantes holandeses; él sublevó contra Isabel Tudor los furores católicos y los campesinos fervientes de la pobre Irlanda; él proyectó una cruzada de potencias católicas y continentales contra la gran potencia insular y luterana; él fomentó las ligas católicas en



Francia y las armó y organizó, poniendo á su cabeza los exaltados Guisas; él auxilió expediciones en Africa; él envió cuatrocientos mil escudos á Carlos IX para preparar la reaccion católica en el sombrío Louvre adscrito entonces á la Compañía de Jesus; él socorrió con grandes cantidades á los caballeros de Malta y á los emperadores de Alemania, sosteniendo en todas partes y con igual empeño, aquella inmensa reaccion jesuítica con tanta habilidad urdida y con tanto empeño sustentada, que parecia conseguir la detencion del movimiento histórico y la vuelta del mundo entero á los altares de la Edad media.

Todas estas empresas, en que se mostraba la universalidad del Pontificado, requerian, no solamente un vasto pensamiento para urdir las y una poderosa voluntad para iniciarlas, sino tambien un rico tesoro para sostenerlas. Comprendiéndolo así Gregorio XIII, arbitró toda clase de recursos y tuvo la idea de reivindicar para la Iglesia y para el clero aquellos bienes eclesiásticos á la Iglesia y al clero reversibles y no revertidos por la flojedad y pereza del gobierno romano y por la codicia y fuerza de los nobles. En el fondo lo que intentaba el Papa equivalia por completo á una revision extraordinaria de los títulos de propiedad y á una derogacion de las prescripciones por todas las leyes admitidas en el goce aun de los bienes mas ilegítimamente allegados y que al fin y al cabo consagran como propiedad efectiva la posesion duradera. Imagínese cuál seria el terror de las familias mas poderosas al encontrarse amenazadas por la miseria mas afflictiva. La resolucion inquebrantable del Papa, decidido á no escuchar ninguna súplica, llevó los nobles á violenta y guerrera resistencia. Los castillos comenzaron á vomitar la muerte con sus innumerables cañones contra los soldados del Papa y á constituirse por su propia virtud en soberanías independientes. Los pueblos se dividieron y rasgaron á una en partidos feudales y á su vez dividieron y rasgaron el seno de las familias. Los soldados feudales de la nobleza y los soldados mercenarios del Papa fueron en todas partes con furia devastadora y saña increíble á las manos. Los partidos de cada pueblo se atacaron unos á otros en las calles como pueden atacarse los animales feroces en la selva. Bandas de ladrones y expoliadores recorrieron por doquier el territorio pontificio, dejando tras sí la desolacion por la matanza y el incendio. La guerra uni-

versal de unos vasallos del Papa contra otros vasallos del Papa llegó á tronar hasta en las puertas mismas del Vaticano. Los capitanes de los bandidos se asentaron en la mesa de los Reyes y exigieron y alcanzaron con imperio la increíble absolucion al propio sumo sacerdote su víctima con amenazarle de muerte, no solo á él, sino tambien á su idolatrado hijo. Por tanto, no fué mucho que tal anarquía sumergiera en terrible dolor á Gregorio XIII y le acarreará por fin y postre la muerte.

Gregorio perteneció á una humilde familia de comerciantes boloneses. Su padre, atento á las modestas granjerías de modesto mostrador, obtuvo, no se sabe cómo, por lo que llamamos en lenguaje sobrado familiar los españoles, una chiripa, gruesa cantidad, que le permitió, con la virtud propia del dinero en todo tiempo, dar á sus hijos carrera y unir en matrimonio con gente noble á sus hijas. Llamábase Gregorio en el mundo Hugo; y estudió derecho y en el derecho aventajó mucho, por obra de la milagrosa y mágica fortuna de su padre. Legado de Paulo IV en Nápoles y legado de Pio IV en España, si al reunirse la penúltima congregacion de cardenales para nombrar Papa estuviera en el conclave presente, designáranlo por su saber los mismos designantes de Pio V por su virtud. Así como la política de conciliacion estaba en su natural y seguia la política de rigor por obediencia, la dulzura estaba en las entrañas de su alma y la gravedad en las apariencias de su continente. La vida mundana le tentara como á los primeros Papas del siglo décimosexto, si no tuviera junto á sí al jesuita Toledo, quien le arrastraba con soberano empuje á la soberbia y á la crueldad. Poco ducho en los negocios políticos; menos todavía que en los negocios políticos en las ciencias eclesiásticas; brillaba mucho, aunque sobrio y conciso en su lenguaje, cuando se controvertia un problema jurídico. El cardenal de Trento le llamaba Papa negativo, porque no seguia las propias inspiraciones. Otros cardenales llamábanle Pio V rebajado. Tolerante con la Inquisicion, porque nadie podia contrastar su influjo, no apareció por las llamas de sus soberbias hogueras iluminado como su feroz antecesor. Sin embargo, cuando llegó á su noticia la matanza de San Bartolomé, aquella noche horrorosa en que al son de la campana fundida para llamar el espíritu á las plegarias, un rey instituido para defender á su pueblo lo persiguió y lo diezmo como en una cacería in-